

## NICOLAS LEON

Nació en la Villa de Quiroga, Mich., en 1859. Murió en Oaxaca en 1929.

Médico, historiador, antropólogo, etnólogo, lingüista, bibliógrafo. Su figura y sus trabajos descuellan en el primer cuarto de este siglo. Hombre polifacético, de una incansable actividad, de una amplia visión y de una gran inquietud por todo cuanto se refiriera a México, débenle los estudios históricos y antropológicos mexicanos no sólo un gran impulso sino notables aportaciones.

Publicó las siguientes obras: *Biblioteca Botánico-Mexicana* (1895); *Bibliografía Mexicana del Siglo XVIII* (1902-1908); *Los Precursores de la Literatura Médico-Mexicana*; *Anomalías y mutilaciones étnicas del sistema dentario entre los tarascos precolombinos*; *Antropometría*; *Familias Lingüísticas de México*; *Compendio de la Historia General de México*, (2a. ed. 1919); *La Obstetricia en México* (1910); *Hombres Ilustres y Escritores Michoacanos* (1884); *Las castas de México colonial o Nueva España. Noticias etnoantropológicas* (1924); y otros libros más, así como infinidad de artículos acerca de sus especialidades, que fueron muchas.

Mantuvo Nicolás León activa correspondencia con las figuras sobresalientes de su época, Paso y Troncoso, Carrillo y Ancona, Zelia Nuttall, Francisco Elguero, etc., la cual ha publicado dentro del *BSSHCP* en muy diversas fechas el ilustre bibliógrafo poblano José Miguel Quintana, quien conserva buena parte del archivo del Dr. León. En el mismo *Boletín* publicó Quintana, No. 119, del 15 oct. 1957, pág. 3, "Para la iconografía del Doctor Nicolás León", y en el No. 36, del 1o. de junio de 1955, p. 5, un estudio titulado "Bibliógrafos mexicanos. Nicolás León". Antonio Arriaga se refirió a León en: "El doctor Nicolás León y el Museo Michoacano" en *AINAH*, T. 12, No. 41, 1960, p. 33-38; en esos anales en la misma fecha y número aparecieron como homenaje a León los siguientes trabajos: Manuel Maldonado Koerdell, "El doctor Nicolás León como naturalista", p. 39-45; Javier Romero, "El doctor Nicolás León ante los nuevos antropólogos", p. 55-58. Germán Somolinos d'Ardois, "El doctor Nicolás León, historiador médico de México", p. 47-54; Antonio Pompa y Pompa, "Bibliografía del Dr. Nicolás León" (6-XII, 1859, 24-I-1929) 2o., p. 59-72. Otros estudios son los de Ezequiel A. Chávez, *3 conferencias; la vida y la obra de 3 profesores ilustres de la Universidad Nacional de México*, [Preámbulo por Enrique O. Aragón], Mexico, Ediciones de la Universidad Nacional de México, 1937, IX-78 p.; Luis Pérez Verdía, *Cómo ha escrito el doctor Nicolás León su historia de México*, Guadalajara, Luis G. González, 1902, 30 p.

Buenas referencias también en: Nicolás León y Juan B.

Iguíniz, *Ex-libris de Bibliófilos mexicanos*, México. Imp. del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1913, Sobretiro de *Anales del Museo Nacional*, 3a. ép., t. 5, p. 65-124; *Biblos. Boletín semanal de información bibliográfica publicado por la Biblioteca Nacional*. 4 v. México, 1919-22, I; *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*. Fundado por su actual Director: Lic. D. Cecilio A. Robelo, 2 v. México, Imp. del Museo N. de Arqueología, Historia y Etnología, 1912-13, I.

Fuente: Nicolás León, *Los tarascos. Notas históricas, étnicas y antropológicas*. En *Anales del Museo Nacional de México*. 2a. época. T. I. 1903, p. 392-502 y 432-435.

## ENTRONIZACION Y MUERTE DE LOS REYES TARASCOS

*La Relación de Michoacán* demuestra la conferencia de los grandes señores y el acto de presentarse el sacerdote mayor con ellos en la casa del nuevo rey, para conducirlo al palacio real.

“Caciques y señores que estáis aquí, ya habemos traído y metido en su casa al rey. ¿Cómo había de estar ella desamparada y oscura como niebla o anublada? Perdimos a nuestro señor fulano, que murió, ahora habemos metido en su casa al que dejó, que es su hijo; esta costumbre nos vino de mucho tiempo ha, de los reyes, que hubiese aquí mucho humo.”

Esta frase quiere decir, escribe el traductor de la *Relación*, que estando los señores en su casa ponen mucha leña en sus fogones y se levanta mucho humo, lo que no sucede así cuando mueren, pues todo queda desierto y oscuro con niebla. Esta costumbre tendía también a que se humasen los techos de las casas que eran de paja y así las preservaban de que se les pudriesen muy pronto con la humedad y la lluvia.

“Vosotros, pues, caciques de todas las partes que estáis aquí, no nos apartemos de él, ayudémosle en los cargos que tenemos a ejecutar y esperar sus mandatos. Esperadlos en vuestros pueblos para traer leña para los cués de la madre Cueravaperi y de los dioses celestes engendradores y de los dioses de las cuatro partes del mundo, y los dioses de la mano derecha y de la mano izquierda, con todos los demás, con el dios del infierno, que él ha de tener cargo en nombre de Curicaveri y sus hermanos, y la diosa Xaratanga, de hablar sobre esta leña.”

“Mirad, caciques, que no les quebréis nada de esto, mas estad apercebidos cuando os lo hiciere saber, porque el rey ha de despedir la gente de guerra con la leña que se pondrá en los fuegos para oración y rogativa a los dioses, que nos ayuden en las guerras, y no solamente para esto es el rey que ahora tenemos, mas para otras muchas cosas, para todos los trabajos que mandare en que entendemos, y los tenientes y gobernadores de los caciques, cuando ellos no estuvieren en los pueblos atiendan y esperen lo que les enviare a mandar el rey, que no sólo será una sola cosa sino muchas. Sea esto así como se os ha dicho, caciques, y no os apartéis del rey, sed más obedientes, y vosotros, señores de Mechuacan, y de Coyucan y de Patzcuaro, y caciques del medio de la provincia, estad todos aparejados para obedecer, y ahora idos todos, señores, a vuestras casas; ya habéis visto cómo nos queda rey que yo le he metido en esta casa, id alegres y contentos a vuestros pueblos.”

Terminando el sacerdote, tomaba la palabra uno de los señores principales, aquél que por su edad y categoría tenía lugar prominente, y exhortaba a todos a obedecer con fidelidad al rey “que realmente estaba en lugar del dios Curicaveri”.

Después que todos los señores habían hablado, tomaba el rey la palabra aprobando todos los anteriores discursos y recomendando a los principales y caciques el buen comportamiento, la obediencia y el cuidado con todas las cosas del culto de sus dioses y asuntos de la guerra, concluyendo por despedirlos.

Al día siguiente hacía un convite general a los nobles en su palacio, y por la noche, acompañado de ellos, iba a hacer su vela a la casa de los papas de Curicaveri, y se practicaba la ceremonia de la guerra.

Al amanecer salía el rey al monte por leña para los cués, la cual traían los señores, los espías de la guerra y los Curitiecha, los que quemaban incienso en los braseros de los templos y los alféreces, poniéndola en los fogones de los templos. Después de ejecutado esto, ibase el rey al palacio y se sentaba en el portal que aquél tenía y se efectuaba otro convite general a los señores y caciques.

En esta vez todos los nobles, empleados y plebeyos, le hacían obsequios a su nuevo señor, consistentes en mantas de tierra caliente, algodón, hachas de cobre, esteras para las es-

paldas, frutos de Taximaroa, arcos y demás cosas de los productos e industrias de la tierra. Recibidos los presentes iban despidiéndose los señores y regresando a sus respectivas provincias, en donde daban a conocer al nuevo rey, amonestando al pueblo le fuese fiel y obediente.

Pasados algunos días mandaba el rey a los sacerdotes de Curitichea por todas las provincias, para que ordenasen se trajese leña para los templos de Curicaveri, lo que se ejecutaba presentándose con ella los comisionados de los pueblos, de diez en diez. Una vez que todos habían cumplido, se levantaba con ella una gran pira en el patio grande de los templos (en lo que es hoy plaza principal de la ciudad de Pátzcuaro), y el sacerdote Hiripati entraba en la casa especial que se ha mencionado atrás, a practicar todas las ceremonias de la guerra; a esto seguía la vela del Cazonci y la repetición de la misma ceremonia que él practicaba.

Al tercero día venían todos los nobles de su linaje llamados vacúxecha, y reunidos en la casa del águila, dedicada a Curicaveri, les hablaba el rey así: "¿cómo habemos de tener con nosotros esta leña de los cués, y las rajas que se han cortado, y los olores que han echado los sacerdotes en los fuegos para las oraciones, y los sacrificadores; hase de perder todo esto? pues que han llamado a la diosa Cuerahuáperi y a los dioses celestes, y a los dioses de las cuatro partes del mundo y al dios del infierno; y también lo he hecho saber a Curicaveri, y a los señores sus hermanos, y a la diosa Xaratanga, y a los dioses primogénitos y a los Viranbanecha."

Mandábales luego fuesen a prepararse para la guerra y que se alistasen los que cuidaban las fronteras enemigas.

Al cabo de dos días hacía saber el rey que quería ir a una cacería, realmente dando a entender con esto que iba a la guerra. Le acompañaban en ella todos los sacerdotes, gente de la ciudad y demás empleados acostumbrados en estos casos. El lugar elegido para el caso era la frontera de Guinhao sobre la que caía de improviso y regresaba violentamente, trayendo consigo algunos centenares de prisioneros. Por su parte, los caciques hacían también irrupciones en las tierras enemigas y regresaban con un número competente de los mismos. Todos ellos eran inmolados en las aras del dios Curicaveri, iniciando así su reinado el nuevo señor.

Pasadas estas hecatombes concedía distintas mercedes a los caciques, tomaba por mujeres suyas las de su padre, aumentando su serrallo con otras hijas de caciques y de señores.

Cuando el rey llegaba a una edad muy avanzada, hacía que el heredero que debería sucederle en el trono comenzase a gobernar en su nombre.

Enfermándose de muerte mandaban llamar a todos los médicos del reino y que viniesen a curarle. Si la gravedad y peligro eran inminentes ordenaban se presentasen en la corte todos los caciques, señores y valientes hombres, los gobernadores y empleados de alguna categoría. Si alguno no acudía al llamado se le tenía por traidor.

Si el estado de enfermedad lo permitía, todos le saludaban y ofrecían sus presentes; mas si la gravedad era suma, nadie se acercaba al enfermo y todos ellos permanecían en el patio de la real habitación y dejaban sus regalos en un portal, donde sobre la silla del rey estaban las reales insignias.

Así que moría el Cazonci, todos los grandes que estaban en el patio daban grandes voces llorando por él, y como entonces quedase la entrada franca, entraban ellos a la cámara mortuoria.

Estos mismos procedían a ejecutar el aseo y adorno final del cadáver.

Comenzaban por lavar lo cuidadosamente, haciendo que ejecutaran lo mismo aquellos que debieran ser sus compañeros en la tumba; después vestían el cuerpo de esta manera: poníanle sobre las carnes una delgada y fina camiseta, le calzaban sus sandalias de cuero; en el cuello le colocaban un sartal de huesos de pescado; en las muñecas pulseras de piedras turquesas y un collar de estas mismas; en la cabeza un trenzado de plumas ricas, orejeras grandes de oro, bezonte de turquesas y ajorcas de oro.

Así ataviado, lo colocaban sobre una cama alta formada con muchas mantas de colores y una tabla; después lo ataban fuertemente a aquella cama y lo cubrían con mantas cual si estuviese aún vivo. Hacían otro bulto con mantas, simulando una figura humana y vistiéndolo como al cadáver: esta figura la colocaban sobre del cuerpo muerto. Las mujeres, entretanto, daban gritos y lloraban por él.

Arreglado el difunto en la forma señalada, se procedía al arreglo de todos aquellos que, designados por el nuevo rey, deberían acompañarle en la otra vida para seguirle sirviendo en sus oficios.

Desde luego quedaban señaladas siete de sus mujeres para que le sirviesen cada una en estos oficios: llevar atados en un paño los bezotes de oro y turquesas; servir de camarera;

guardar los collares de turquesas; hacer los oficios de la cocina; servir el vino; dar agua para las manos, y tener la taza mientras bebía; darle el orinal (ytsi yazvacua. Gilb o Cuatzingataraua). Entre los varones, uno llevaría las mantas, otro le haría las guiraldas de trébol, otro le peinaría; aquél le llevaría la silla, éste las mantas delgadas, este otro las hachas de cobre para cortar la leña, otro el parasol, otro más los zapatos o cotaras, y para llevar los canutillos de perfume, remar, barrer la casa, limpiar los aposentos, cuidar la puerta del palacio, la de las mujeres, hacer plumajes, objetos de plata, sus flechas, sus arcos; uno que le contaba cuentos, un chocarrero, un tabernero, dos o tres monteros y algunos de los médicos que le curaron y no le pudieron sanar; un bailador, un tañedor de atabales, un fabricante de ellos y un carpintero. Se daba el caso que muchos de sus criados se ofreciesen voluntariamente a ser sacrificados para acompañar al difunto, cosa que no se les permitía, y la razón que a ello les impulsara era considerar "que habían comido su pan y quizá no los trataría como él el señor que había de sucederle".

Algo más que cuarenta debe haber sido el número de los desventurados que habían de acompañar al rey muerto, en la otra vida.

A todos ellos los ataviaban y daban mantas blancas.

El cuerpo del difunto, dispuesto como queda dicho, era trasladado procesionalmente del palacio hasta el patio de los cués principales. Todos los acompañantes se habían pintado el rostro y cuerpo de color amarillo, con el jugo del tiripu (Cúscuta), colocándose también en las cabezas guiraldas de trébol.

Por delante de toda la comitiva iban aquellos que debían ser sacrificados, ocupándose en barrer el trayecto de vía que debiera recorrer el cadáver de su señor. Estos a cada paso repetían en voz alta estas palabras: "Por aquí has de ir, mirad no perdáis el camino." Tras de éstos iban los nobles tañendo unos huesos de caimán, arreglados en forma de güiro, y otros raspando conchas de tortugas y armadillos.

Venían luego los señores y sus hijos cargando el cuerpo del Cazonci; a desempeñar este oficio solamente eran admitidos los del apellido eneami, zacapuirete y vacanaze; todos estos cantaban un himno o endecha que comenzaba así: "Utaine uce, yoca, zinatayo, maco..."

Esta ceremonia tenía lugar en punto de la media noche, por

lo que era necesario hacerla con gran luminaria y teas de cueramu.

Durante toda ella era incesante el sonido de trompetas.

Cerraba este acompañamiento gran número de gentes del pueblo.

En esta disposición llegaban al lugar susodicho, donde estaba dispuesta una gran pira de leña seca; daban cuatro vueltas en derredor de ella y luego en su cúspide colocaban el cuerpo, tal como él se encontraba.

Volvían sus parientes a cantar la endecha apuntada atrás y ponían fuego a la pira. Apenas ésta comenzaba a arder, daban sobre los infelices que debían ir a la otra vida con el muerto y a quienes anticipadamente habían emborrachado, tanto para facilitar su sacrificio, como para que les fuera menos doloroso. Esta matanza se efectuaba con las porras.

Cuando todos ellos estaban muertos, los enterraban de tres en tres y de cuatro en cuatro a las espaldas del templo de Curicaveri, juntamente con los objetos que llevaban y deberían servir al difunto rey.

Atizaban los nobles el fuego para que el cuerpo y sus adornos todos quedasen reducidos a ceniza antes de que amaneciese. Las cenizas, partes no incineradas y la plata y oro fundido de las joyas, lo llevaban a la puerta principal de la casa de los papas o sacerdotes; allí lo echaban en una manta y hacían un bulto con todo ello, al que ponían una máscara de turquesas, orejeras de oro, trenzado de plumas, y un gran penacho de plumas, con más sus brazaletes de oro, collares de turquesas, conchas marinas, una rodela de oro en las espaldas, arco y flechas, bandas de cuero de tigre en las muñecas, cacles de cuero y cascabeles de oro en las piernas; inhumado todo ese conjunto al pie del cú de Curicaveri, "al principio de las gradas", es decir (como en lugar oportuno demostré), en el costado septentrional de la actual plaza principal de Pátzcuaro. La sepultura era de algo más de 2½ brazas de ancho y bastante profunda. La tapizaban por dentro con esteras nuevas, así como el fondo; dentro de ella ponían una cama de madera, y un sacerdote de los que tenían por oficio llevar los dioses a cuestras, cargaba con el bulto y así lo llevaba hasta la sepultura.

Antes de darle colocación definitiva se había cubierto aquella con rodelas de oro y plata; en los rincones muchas flechas, ollas y jarros con vino y comida. Otros sacerdotes colocaban sobre la cama una gran vasija de barro y dentro de

ella al bulto mencionado. La cama y olla tenían vuelta la faz al Oriente. Sobre todo esto echaban muchas mantas, petacas, plumajes, joyas de oro y plata, o infinidad de objetos de uso doméstico y ornamental. Sobre la sepultura ponían vigas atravesadas y encima de éstas, tablas y varas, acabando de cubrirlo todo con tierra.

Después de esta ceremonia, todos los asistentes se iban a bañar para que no se les pegase la enfermedad, reuniéndose más tarde los nobles y toda la gente en el patio del palacio del difunto. Allí se les servía a todos una comida, consistente en maíz blanco cocido (quizá lo que hoy se llama máxcuta), dando a cada uno de ellos un poco de algodón para que se limpiasen la cara.

Terminada la comida permanecían ellos en sus asientos en actitud de gran tristeza. En los cinco días siguientes en ninguna casa de la ciudad se molía, ni encendía fuego, ni se traficaba ni andaba en todo el recinto de ella; todos estaban tristes en sus casas. Los caciques y nobles iban una noche a las casas de los papas, donde oraban y velaban.

Pasado ese tiempo las cosas volvían a su estado normal.